

ANTONIO ÁLAMO

TRILOGÍA DEL PODER
Y OTRAS OBRAS
DE DUDOSA MORALIDAD

ÓMNIBUS TEATRO, 18



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección ÓMNIBUS TEATRO, 18

© De los textos, Antonio Álamo, 2024

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2024

Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero, 2024

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

Fotografía de solapa del autor: © Julián Villanueva

ISBN: 978-84-127476-3-8

Thema: DD

Depósito legal: M-189-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

PRÓLOGO	9
TRILOGÍA DEL PODER	15
<i>Los borrachos</i>	17
<i>Los enfermos</i>	83
<i>Yo, Satán</i>	157
CANTANDO BAJO LAS BALAS	231
GRANDE COMO UNA TUMBA	259
EL BEBÉ SALVAJE	295

PRÓLOGO

Escribo este prólogo con un telón de fondo desgarrado: Ucrania (aunque, en realidad, podría haber escrito *Europa*). Si comienzo con este apunte es por dos motivos: que formo parte (o formaba) de la Liga Ucraniana de Autores (mis obras se han escenificado allí), y que Ucrania es la prueba de que algunos de los errores y horrores tratados en estas obras siguen presentes. De hecho, hace unos días recibí un *mail*, precisamente, de Ucrania:

Querido Antonio,

Gracias por su carta. Gracias por sus palabras de ayuda.

Lo que está sucediendo ahora en Ucrania es muy aterrador y sin precedentes.

Lo que necesitamos ahora de todo el mundo es apoyo.

Me quedé en Kiev con mis hijos, mi esposo y mi anciana madre.

Todas las noches bajamos al metro para pasar la noche allí. Nunca pensé que esto me pasaría a mí y a mis seres queridos.

Cuando corremos en el metro, escuchamos los sonidos de las explosiones. Es realmente aterrador.

Y esto sucede hoy en el territorio de Europa (geográfico). Los ucranianos hasta el último momento no podían creer que esto pudiera suceder.

Esperamos y rezamos para que esto termine pronto. Pero el precio es demasiado alto.

Disparan contra edificios residenciales, hospitales, monumentos históricos y museos, etc.

Recientemente dispararon contra el hospital de maternidad, sin previo aviso, por lo que no tuvieron tiempo de evacuar.

Capturaron la planta de energía nuclear de Chernobyl, y también hoy la planta de energía nuclear de Zaporizhzhya (la más grande de Europa). Esto es muy peligroso para Europa y el mundo.

Queremos que sepas la verdad sobre lo que está pasando aquí.

Esta noche volveremos a pasarla en el metro, porque esta pesadilla aún no ha terminado para nosotros.

Tengo prisa por enviar esta carta, porque en cualquier momento se puede escuchar una alarma de ataque aéreo.

Durante estos días, los invasores rusos han estado tratando desesperadamente de tomar Kiev. Pero estamos aguantando.

Esperamos y creemos que nuestro ejército y el apoyo de ustedes nos protegerán.

Escribo este prólogo teniendo presente una cita de Chomsky que, dadas las circunstancias, viene muy al caso: *No deberíamos ir cargados de resolución hacia la catástrofe solo porque esas sean las órdenes.*

Escribo este prólogo recordando una cita de Marguerite Duras:

ELLA. Soy de dudosa moralidad, ¿sabes?

ÉL. ¿A qué llamas tú una dudosa moralidad?

ELLA. A dudar de la moralidad de los demás.

Marguerite Duras, *Hiroshima mon amour*

Escribo este prólogo pensando en Evgeny Shtorn, que tradujo y trabajó en la versión rusa de «Los enfermos», pero que, en 2018, se vio obligado a abandonar Rusia debido a la represión del gobierno contra las ONG independientes y la ley rusa de propaganda gay. La F.S.B, la agencia de seguridad rusa, heredera de la KGB, intentó convertirle en informante y delator; finalmente, se vio obligado a abandonar su país. Hoy Evgeny Shtorn es un poeta apátrida exiliado en Irlanda, activista de los derechos LGTB. Hace unos días me escribió:

Lo que el mundo entero observa con temor nosotros ya vemos sin esperanza alguna. Conocemos el régimen putinista lo suficientemente bien como para ser optimistas. Es un Tercer Reich tal cual y los horrores que ocurren hoy día en Ucrania son mayores, pero también pasan cosas horribles a los que están atrapados en Rusia intentando oponerse o simplemente buscan estar a salvo fuera de Rusia. Lo que hace la policía sobre todo fuera de Moscú o Petersburgo es lo que haría la Gestapo. La URSS se acaba aquí definitivamente y el final no va a ser feliz. Nunca iba a ser feliz. Lo sabíamos. O lo intuimos.

Pero ahora lo vemos. Y por el mero hecho de presentirlo no duele menos. Nos espera mucha sangre, y esto no ha hecho más que empezar.

Escribo este prólogo pensando en Juan José Martín, que montó varias de mis obras en Caracas. Entre ellas, «Yo, Satán». Un hombre joven de extraordinario talento que, como otros muchos, también tuvo que exiliarse.

Con todo ello no estoy sugiriendo que haya una relación directa entre montar alguna de las obras de este volumen y ser bombardeado, perseguido, interrogado, encarcelado o desposeído; solo vengo a recordar que, al margen de ciertos apacibles balnearios, este planeta es, para muchos seres humanos, un lugar inquietante y peligroso.

Estas obras, mayormente, dan cuenta de ello.

Sevilla, 1 de abril de 2022

TRILOGÍA DEL PODER

LOS BORRACHOS

Nota preliminar

Encuentro, en la autobiografía del físico Otto R. Frisch, un par de líneas que llaman mi atención. En ellas se da noticia de una cena que tuvo lugar el 6 de agosto de 1945 en el principal hotel de Santa Fe, capital de Nuevo México, para celebrar el lanzamiento de la primera bomba atómica no experimental sobre el mundo. Los celebrantes no son sino los científicos —varios premios nobel entre ellos— que durante los años anteriores se habían encargado de hacer técnicamente factible un sueño, una hipótesis científica: la fisión del átomo, cuya primera forma fue la de la muerte. No existen más referencias documentales a esta cena macabra.

Premio Tirso de Molina 1993, Premio Ercilla al mejor montaje del año, Premio Alcorcón 1993 y finalista del Premio Nacional de Literatura 1994. Fue estrenada en el Teatro Alhambra de Granada el 17 de enero de 1996, con producción del CAT y dirección de Alfonso Zurro

PERSONAJES

J. ROBERT OPPENHEIMER, director de la Ciudad Laboratorio de Los Álamos

KITTY OPPENHEIMER, esposa de Oppenheimer

GENERAL GRAVES, máximo responsable militar de la fabricación de la Bomba

J. GÖLAM

JOHN FELONY

ROBERT BUSH

RICHARD MOONLEY

ARTHUR BAKER

STANISLAW KISTIAWSKY

EDWARD TELLER, científicos de Los Álamos

Prólogo

Donde se realiza el mundialmente famoso experimento del gato

ESCENA ÚNICA

Tap, tap, tap... Tres focos en una escena neutra y oscura iluminan en el orden siguiente: a) un reloj cuyas manecillas se mueven en sentido inverso al habitual y que no es más que un reflejo del tiempo; b) una caja negra; c) un gato atado de una pata; d) el científico, que da la espalda al público y escribe ecuaciones —ininteligibles para el resto de los mortales— en una pizarra. Se escuchan los tap, tap, tap de la tiza que golpea la pizarra. A veces lentos, a veces rápidos, a veces enloquecidos. Tras una pausa, seguida de una exclamación de sorpresa, habla el científico: pedagógico, arcano, febril y, en ocasiones, inaudible.

EL CIENTÍFICO. Aquí (*Buscando en sus bolsillos.*), aquí tengo una receta para el día de Navidad. (*Saca un ajado recorte de periódico y lee.*) «Pavo relleno de pavo: se trata de una delicia que todos los *connaisseurs* saben apreciar en su justa medida, pero que muy pocos comprenden cómo se prepara de verdad. Naturalmente, para llevar a buen término el «auténtico pavo relleno de pavo» son indispensables... dos pavos. El primero de ellos —a elegir entre el más grande— debe deshuesarse, quitándole, además de los huesos, la carne, las patas, el jugo, etcétera. A continuación, hincharlo con una bomba de bicicleta hasta que quede bien tirante. Respecto al segundo pavo, debe meterse vivo en agua hirviendo como una langosta, hasta que se ponga rojo o púrpura o algo, y luego, antes de que se le quite el color, meterlo rápidamente en una lavadora y dejar que se guise en su propia sangre mientras está dando vueltas. Solo entonces está listo para picar. Para picarlo, coger un gran utensilio afilado como una lima de uñas; si no tiene ninguna a mano, una bayoneta también sirve... y entonces ya está. ¡Píquelos bien! ¡Y rocíe el picadillo obtenido con una clara de huevo!

Y bueno, de todos modos, bítalo. Ate los restos con hilo dental o tiras de papel cazamoscas y sívalo, pero no se olvide del primer pavo. Hinchado como un salvavidas debe colgarse en el vestíbulo para que el Día de Acción de Gracias sea... un éxito de verdad». (*Tras una pausa.*) Esta nota gastronómica apareció la semana pasada en el Santa Fe de Nuevo México. ¿Ven? (*Señalando el periódico.*) 21 de diciembre de 1939. Va firmada por un tal Scott Fitzgerald, especialista —según señala el artículo— en cocina vienesa. Lo que yo quiero destacar es lo siguiente: hace siete días las probabilidades de que alguien llevase a la práctica la receta del señor Fitzgerald eran casi inexistentes, y, sin embargo, esta mañana el mismo periódico publicaba la airada protesta de una señora, una tal Marie Lou Stutfield que, a pesar de seguir paso por paso las instrucciones del *gourmet*, no logró hinchar satisfactoriamente el pavo ni tampoco atar los restos pese a los doscientos cincuenta metros de hilo dental empleado. Son este tipo de cosas y este tipo de personas, esa tal señora Stutfield y ese imaginativo cocinero señor Fitzgerald, los que mantienen vivo mi... mi espíritu. Todo es posible. O mejor dicho: ESTADÍSTICAMENTE NO HAY NADA —ABSOLUTAMENTE NADA— QUE NO PUEDA SUCEDER. Miren ese reloj, por ejemplo.

EL RELOJ. Tac-tic, tac-tic, tac-tic...

EL CIENTÍFICO. Pero fíjense bien... Y escuchen...

EL RELOJ. Tac-tic, tac-tic, tac-tic...

EL CIENTÍFICO. Hace un par de días, para mi sorpresa, las manecillas de ese reloj empezaron inesperadamente a girar en sentido contrario, y en vez de hacer tic-tac, tic-tac, ahora hace tac-tic, tac-tic. Pero yo, como científico, no debería sorprenderme: la verdadera imagen de la ciencia incluye todas las posibilidades, hasta que un reloj con funcionamiento regular pueda invertir de repente su movimiento y, trabajando en sentido contrario, volver a darse cuerda a sí mismo a expensas del calor ambiente. Este suceso, al igual que el «pavo relleno de pavo», es bastante improbable, pero no imposible. NADA ES IMPOSIBLE. La segunda cuestión que quiero resaltar esta noche es, en realidad, consecuencia de la primera, pero aparentemente la contradice. Para que entiendan lo que quiero decir, he diseñado un dispositivo experimental. Aquí tenemos una caja que en breve cerraré herméticamente y que es, por tanto, un sistema cerrado.

Antes de eso, introduzco en la caja un átomo radioactivo que tengo aquí por algún lado. *(El científico busca el átomo radioactivo en sus bolsillos. En tanto que lo busca infructuosamente por distintas partes de su vestimenta.)* Un átomo radioactivo se diferencia de un átomo no radioactivo en que puede desintegrarse ESPONTÁNEAMENTE, AUTODESTRUIRSE, y no podemos predecir cuándo sino por medios estadísticos que son inexactos... ¡Claro, qué tonterías estoy diciendo! ¡Todas las leyes físicas dependen de la estadística!: normalmente se verifican, pero a veces... *(Al átomo.)* ¿Dónde estás?... *(Sigue buscando.)* Existe la opinión generalizada de que... ¡Las opiniones generalizadas son el mayor peligro de la humanidad!! Aunque... claro, aún hay otro mayor... LOS ÁTOMOS. Existe la opinión generalizada de que... son muy pequeños. ¡Falso! ¡NOSOTROS SOMOS MUY GRANDES!... ¿Ven? Los científicos no somos distintos del resto de la gente, ¡también tenemos la mala costumbre de echar la culpa al otro de nuestros defectos! ¡Nosotros somos muy grandes! *(Resopla.)* Siempre tendemos a... a... más o menos, supongo. *(Al átomo.)* ¿Dónde estás?... *(Sigue buscando.)* Un átomo radioactivo es la cosa más curiosa del mundo. Tan molesto que es como si estuviera vivo; tan dañino que puede ser considerado una amenaza; tan imprevisible que puede estar aquí o allá o no estarlo, y tan formidable que pudiera quitarnos el sueño y aun la vida. Su psicología es, además, harto compleja. La mecánica cuántica es precisamente la rama de la física que se ocupa de la psicología de estos diminutos entes... Los físicos modernos somos, como si dijésemos, los psiquiatras de... ¿Dónde lo he puesto?... De los átomos radioactivos... Ah, sí, aquí te tengo...

El científico deposita el átomo radioactivo en la caja.

EL ÁTOMO. ¡Boing! *(O algo parecido.)*

EL CIENTÍFICO. En mi experimento, este átomo, conforme a las estadísticas, puede desintegrarse en los próximos cuatro minutos emitiendo un electrón o puede no hacerlo. *(El científico pulsa el botón de un cronómetro.)* Hay exactamente un cincuenta por ciento de probabilidades en un sentido o en otro. Puede desintegrarse o puede no hacerlo. Curioso, ¿no? Es como si este... este átomo tuviese VOLUNTAD, cierto grado de AUTONOMÍA... ¿Qué les parece? A mí me

gusta imaginarlos como personitas que tuvieran los ojos vendados y un antojo irresistible de andar, pero sin una preferencia hacia una dirección determinada y de pronto...

El científico saca una navaja y mira al gato.

EL GATO. ¡Miau!

EL CIENTÍFICO. *(Con voz crepuscular.)* Los átomos son más misteriosos que la muerte. La muerte, en realidad, no es nada misteriosa. Pero los átomos... Entre nosotros solemos decir que son como ACTORES: solo existen cuando se les observa. Si no les miras, no dan problemas. Sin embargo, en mitad de un experimento, uno de esos pequeños actores puede hacer algo imprevisto, puede descontrolarse... *(El científico desata al gato y lo coge de una pata. Prosigue con el experimento.)* A continuación introduzco un gato vivo y un frasco de veneno, y cierro la caja herméticamente...

EL GATO. *(En el interior de la caja.)* ¡Miau!

EL ÁTOMO. ¡Boing!

EL CIENTÍFICO. De modo que si la desintegración radioactiva se produce, el recipiente de veneno se rompe y el gato... muere.

EL GATO. ¡Miau!

EL CIENTÍFICO. Pero, como dijimos antes, las probabilidades en un sentido o en otro son del cincuenta por ciento. Ahora, mi pregunta es... ¿qué hay en la caja?, ¿un gato vivo o un gato muerto?

EL GATO. ¡Miau!

EL ÁTOMO. ¡Boing!

EL GATO. ¡Miau!

EL ÁTOMO. ¡Boing!

EL CIENTÍFICO. *(Retomando el hilo de la argumentación.)* De igual modo podemos decir que nuestra vida transcurre en el interior de un experimento de similares características. Estamos, como si dijésemos, dentro de una caja y, cuando salgamos de ella, es decir, cuando nuestra vida acabe y llegue ese momento que llamamos muerte, cuando tengamos que salir de la caja, ¿seguiremos con vida?, ¿estaremos vivos o muertos para siempre? Para los científicos, la muerte no es más que el estado de equilibrio termodinámico. Lo

que distingue a un organismo vivo es la feroz lucha para evitar la rápida e inevitable degradación a ese estado inerte de equilibrio mediante la... COMIDA. La comida nos defiende de la muerte. Aunque (*Irónico.*) ciertas recetas parezcan inducirnos a pensar lo contrario. Pero aun así... Quiero aclarar una cosa: la muerte no es un suceso trágico ni un concepto vago y etéreo, sino una cantidad física medible como la longitud de un palo... Contrariamente y por desgracia, el sentimiento más arraigado en la civilización occidental es que, si no salimos con vida de la vida, es como si siempre hubiéramos estado muertos, como si nuestros fugaces instantes de vida en la inmensidad infinita del universo carecieran completamente de... completamente de... (*El científico, no sin alarma, ve cómo la caja se bambolea; acaso el gato que se revuelve contra su destino.*) ¿Hay que lamentar la pérdida de la existencia personal? ¿De verdad? ¿Por qué? ¡No lo creo! (*Con voz crepuscular.*) En esta caja se encuentra todo el horror de la mecánica cuántica, todo el horror de la vida, en ese pobre... Pues bien, ¿un gato vivo o un gato muerto? Obviamente, no hay modo de conocer la respuesta hasta que se abre la caja y se mira en su interior... (*El científico y el gato cada vez más nerviosos.*) Y entretanto no abrimos la caja solo podemos afirmar que el gato no está vivo, pero tampoco está muerto, que lo que tenemos en esa caja es simultáneamente un gato vivo y un gato muerto, o sea... NADA ES REAL.

Gato, caja, pizarra, tizas, científico y palabras saltan por los aires: oscuridad total al tiempo que se escucha un estallido formidable.

EL RELOJ. (*Apenas iluminado.*) Tac-tic, tac-tic...

Luego este se resquebraja. Se escucha el eco de un maullido lastimero.

Acto primero
Rumores del 13 de junio de 1945

ESCENA ÚNICA

Ciudad Laboratorio de Los Álamos en el desierto de Nuevo México. La acción transcurre en el bungalow de los señores Oppenheimer.

KITTY. ¿Un martini, general?

GRAVES. ¿No tiene té, señora Oppenheimer?

KITTY. ¿Té? ¿Quiere té?

GRAVES. ¿Tanto le extraña?

KITTY. No hay muchos adictos al té por estos alrededores.

GRAVES. No sé qué decirle.

KITTY. Entonces, no diga nada, general.

GRAVES. Pensándolo bien le diré dos cosas: ¿sabe usted que el alcohol está estrictamente proscrito en la ciudad de Los Álamos?

KITTY. *(Bebiendo martini.)* ¿Cuál es la segunda cosa que tiene que decirme?

GRAVES. Póngame un martini, señora Oppenheimer.

KITTY. Hecho.

GRAVES. *(Viendo a Kitty preparar la bebida.)* Exactamente la adecuada cantidad de martini con exactamente la adecuada cantidad de ginebra.

KITTY. Así es. Mi marido tiene cierto talento como físico, pero mucho más con los martinis. ¿Sabe? Lo primero que hizo Oppie cuando lo conocí fue prepararme uno: me deslumbró.

GRAVES. Llevan casados ¿cuántos años?

KITTY. Cinco, casi cinco. El próximo noviembre hará cinco años.

GRAVES. Y después de esos cinco, casi cinco años, ¿no puede contestar a mi pregunta?, ¿no puede? ¿Quién es Oppenheimer, señora Oppenheimer?

KITTY. No comprendo su insistencia, general. Tengo entendido que, antes de ser elegido para dirigir la construcción de La Bomba, su vida fue examinada al detalle. Es muy probable que usted y sus hombres sepan algunas cosas de él que yo ignoro. La pregunta debería hacérsela yo a ustedes: ¿quién es Oppenheimer, general Graves?

GRAVES. Yo no he venido aquí por un interés personal, señora Oppenheimer, quiero que le quede eso claro, sino por los intereses de los Estados Unidos de América. Y resulta que ALGUNA GENTE cree que esos intereses se ven amenazados por el singular comportamiento del señor Oppenheimer. No me ponga las cosas difíciles. En cierto sentido he venido a verla también por su propio interés: por el suyo y el de su marido. Necesito tranquilizar a ALGUNA GENTE. ¿Sabe lo que trato de decirle? *(Pausa.)* ¿Quién es Oppenheimer, señora Oppenheimer? *(Pausa.)*

KITTY. Amamos América mucho más de lo que usted se imagina.

GRAVES. No lo pongo en duda, pero ambos tienen un pasado de simpatía hacia los comunistas. De hecho, usted perteneció al partido y su segundo marido luchó en la guerra española. ¿Me equivoco?

KITTY. Éramos jóvenes, lo cual no quiere decir que solamente haya comunistas jóvenes. Mire a Stalin, yo no diría que sea un hombre joven y sin embargo sigue siendo un stalinista ejemplar. *(Suena una sirena, eléctrica y ensordecedora, que casi cubre las últimas palabras de Kitty.)* ¿General?: ¿por qué tienen esa manía con la sirena?, ¡la tocan continuamente!

Vuelve a sonar la sirena; Graves aguarda a que cese para contestar.

GRAVES. La tocamos al amanecer y a la entrada de los hombres en los laboratorios; dos veces más para señalar los descansos —incluyendo el del almuerzo—, y finalmente otra para indicar la salida del trabajo y una más que marca la suspensión de todas las tareas. ¿Continuamente? No, señora Oppenheimer.

Suena la sirena por tercera vez.

KITTY. Yo solo puedo pensar dos cosas: que estoy en un campamento de verano de *boy scouts* o en un manicomio. Pero no me quejo, general Graves, no... Solo que una casi nunca encuentra algo interesante que hacer...

GRAVES. *(Con malicia.)* Se refiere usted a cosas como... ¿ir al teatro?

KITTY. Estamos en guerra, y sé lo que la guerra supone. Es tan terrible que a veces te deja de importar quién gane o pierda y lo único que deseas es que ACABE.

GRAVES. Construimos La Bomba para acabarla, señora Oppenheimer. ¿Puede comprender eso?

KITTY. Y no encuentran otro modo de acabarla, ¿verdad? O al menos ninguno tan espectacular. Un bonito final de fiesta, ¿no es eso? *(Graves refunfuña.)* Hay una especie de epidemia. ¿Se ha fijado usted? La nostalgia es la gran epidemia de Los Álamos. El aislamiento que ha impuesto a los científicos y sus familias es, entre todos los inconvenientes, uno de los más difíciles de sobrellevar. La consecuencia más notable es quizá el devastador éxito del martini con ginebra. *(Bebe.)* Me parece... me parece el lugar más triste del mundo, Los Álamos.

GRAVES. *(Con un tono de voz extraño, casi poético, pero al mismo tiempo sarcástico.)* «Por momentos le parece estar soñando, como si nada de esto fuera muy real...».

KITTY. ¿Es así como usted se siente?

GRAVES. No estamos hablando de mí.

KITTY. ¿Cómo se siente? Digo respecto a la Bomba, a lo que estamos haciendo...

GRAVES. *(Le interrumpe.)* Creo que mi obligación, como militar, es no tener sentimientos.

KITTY. Sí; los sentimientos son de un mal gusto espantoso.

Vuelve a sonar la sirena; el General, extrañado, echa un vistazo a su reloj.

GRAVES. No lo entiendo.

KITTY. *(Cortante.)* Hay un segundo malestar aquí en Los Álamos, ¿sabe?: nadie está seguro de lo que está haciendo, pero nadie lo dice. Lo hacen. Siguen haciéndolo. Pero... Algunos de esos científicos son

tan jóvenes... Mire a Baker. O a Felony. ¿Usted cree que chicos tan jóvenes pueden ser conscientes de... de lo que...?

GRAVES. No hemos elegido a la gente por su juventud, sino por su talento.

KITTY. A veces pienso, ¿sabe?, que si han prohibido las bebidas alcohólicas ha sido para reforzar su atractivo, para... para...

GRAVES. ¿Qué concepto retorcido tiene de nosotros?

KITTY. (*Pensando para sí misma.*) Está bien pensado, tengo que admitirlo. La atracción de todo lo prohibido...

GRAVES. ¿Qué es lo que está bien pensado? ¿Cómo puede pensar así de nosotros?

KITTY. La prohibición. La prohibición. La levantarán cuando la Bomba estalle, supongo. Cuando beben les hace sentir que han encontrado el túnel para salir de la prisión.

GRAVES. ¿Insinúa que Los Álamos es una prisión?

KITTY. Me he debido expresar mal. Los Álamos no es una prisión, sino un desierto, un desierto encantador con inadecuadas instalaciones sanitarias y demonios de arena recorriendo sus calles sin pavimentar. Un desierto, nada más que un desierto, pero sus habitantes son algo más que prisioneros: son alucinados. (*Pausa.*) ¿De verdad no se ha dado cuenta? Los hombres de este campamento están como dentro de pompas de jabón. Flotan y brillan en el aire, sonrientes y fieles a sus visiones, dispuestos a hacer real el espejismo. El ejército de los Estados Unidos de América les arroja y satisface todos sus caprichos. ¿Una cucharadita de uranio 235? Bueno. Pero cuando la Bomba estalle...

GRAVES. Si es que estalla, señora Oppenheimer.

KITTY. ¡No me cabe la menor duda! Si la Bomba es humanamente posible, estallará...

GRAVES. Dios la oiga.

KITTY. Sí; Dios oirá esa bomba, general, aunque sea sordo, aunque esté durmiendo, aunque...

GRAVES. Es usted una personalidad curiosa.

KITTY. No intente adularme. En este campamento todo el mundo sabe —y usted tampoco debe de ignorarlo— que soy una personalidad alcohólica.

GRAVES. ¿Y qué más, señora Oppenheimer?

KITTY. La esposa de la muerte.

Pausa.

GRAVES. ¿Podemos hablar en serio, señora Oppenheimer, o hemos de seguir así mucho tiempo más?

KITTY. ¿Seguir cómo?

GRAVES. Escabulléndonos.

El General Graves bebe.

KITTY. ¿Le gusta? Es la única libertad permitida en Los Álamos: beber, evadirse y no darle demasiadas vueltas al asunto. ¿Le gusta? La única prohibición que una no está obligada a respetar. El cuerpo de seguridad no nos permite enviar una postal si antes no la han descifrado minuciosamente, pero cuando nos ven llegar de Santa Fe con el bolso cargado de botellas se sonríen y hacen la vista gorda.

GRAVES. Dígame una cosa...

KITTY. No; dígamela usted. A eso ha venido, ¿no? Pero no se atreve... Entonces beba. Eso es lo que sucede en Los Álamos. Queremos decir algo, gritar algo, pero no nos sale. Entonces bebemos. Beba.

El General Graves bebe ante la atenta mirada de Kitty.

GRAVES. ... Soy consciente de que no soy muy popular entre la clase científica. No; espere, déjeme continuar, señora Oppenheimer. Lo sé. No despierto muchas simpatías. Lo sé. Pero de algún modo YA LO SABÍA antes de aceptar la misión. Lo sabía y lo asumí como parte de mi trabajo. Yo, señora Oppenheimer, preferiría estar en algún lugar del Pacífico arriesgando el pellejo —ese es mi oficio— y no aquí, en Los Álamos, como máximo responsable militar del Proyecto, combatiendo con todos esos civiles que no comprenden lo que es la guerra. Para serle sincero: preferiría verme las caras con mil japoneses antes que con un grupo de cuatro o cinco intelectuales de Los Álamos. Yo tengo un lema, ¿sabe? «Ante la duda, actúa». Ese es mi lema. Los intelectuales, en cambio, parecen tener el mismo lema, pero justo al contrario: «Ante la acción, duda». Eso es lo que

nos diferencia. Yo sé lo que quiero, ¿sabe, señora Oppenheimer?, sé lo que quiero porque rehuyo la duda. Y ese el secreto de mi buena reputación militar. Ellos, los científicos, no saben lo que quieren. Un ejemplo: han empleado varios años de su vida en construir la Bomba y, cuando ya la tienen lista, ¡no están totalmente seguros de que debamos utilizarla! «Ante la duda, actúa». Ese es mi lema. Nos hemos gastado no menos de dos mil millones de dólares en la mayor apuesta científica de la Historia, ¿y no están ustedes seguros? ¡Dos mil millones de dólares! ¿No están seguros? Dos mil millones de dólares es mucho dinero para no estar seguros.

KITTY. Agradezco su sinceridad, general Graves, a usted y al milagroso martini, aunque...

GRAVES. Estoy preocupado, profundamente preocupado...

KITTY. ... Debo confesarle que me deja usted... me deja... No sé; está tan seguro de lo que dice, hace y es. Como un buen y gran actor dispuesto a interpretar fielmente su papel, a morir por él incluso...

GRAVES. Entonces, ¿USTED TAMBIÉN?

KITTY. Yo también ¿qué?

GRAVES. Nada.

KITTY. ¿Un martini, general?

GRAVES. He intentado hablar con su marido, pero se ha mostrado esquivo, oscuro, hermético...

KITTY. ¿Le pongo entonces otro martini?

GRAVES. Se le ve... inquieto. No, no es la palabra. Angustiado y...

KITTY. Siempre lo ha estado.

GRAVES. ¿Qué?

KITTY. Siempre lo ha estado, general. Desde el principio. Yo diría que desde mucho antes del principio. Siempre ha habido en él una especie de... de desesperación. Es como si...

GRAVES. Póngame un martini.

KITTY. ... Como si una parte de él estuviera siempre ausente, siempre en otro lado...

GRAVES. Yo también lo veo, desde luego que lo veo. Para ser sincero mi opinión es que su marido se está derrumbando. (*Pausa.*) Considero

perfectamente lógico que debido a la responsabilidad enorme que pesa sobre sus hombros...

KITTY. ¿Sí?

GRAVES. En menos de un mes —si Dios lo quiere— la primera bomba atómica habrá estallado en este mundo, si es que estalla, porque mucho me temo que nadie en Los Álamos está plenamente seguro de que el cacharro vaya a funcionar. Sí; vamos por fin a averiguar si estos años de esfuerzos y los dos mil millones de dólares empleados han merecido la pena. Yo también tengo mi responsabilidad en el asunto, señora Oppenheimer.

KITTY. ¿También usted tiene miedo?

GRAVES. No, responsabilidad.

KITTY. Miedo.

GRAVES. Sin embargo...

KITTY. ¿Sin embargo?

GRAVES. Sin embargo, me han llegado ciertos rumores muy preocupantes. Preocupantes para este país y preocupantes para el éxito final de nuestra empresa. Al parecer su marido —según dicen, señora Oppenheimer, son rumores, solo rumores— pretende no ser él, sino...

KITTY. ¿Quién?

GRAVES. Un actor. (*Kitty se ríe.*) Un actor de teatro que representa cierta obra escrita por encargo que... que escribió un tal...

KITTY. (*Riéndose.*) ¡Es un buen punto de vista!

GRAVES. Hablo en serio, señora Oppenheimer. Y no es solo eso. No es solo el hecho —ya de por sí preocupante— de que él pretenda ser un actor, sino que además... —son rumores, señora Oppenheimer, solo rumores...

KITTY. ¿Además?

GRAVES. Todos nosotros —usted, yo y el resto de los científicos, ingenieros y soldados del laboratorio— somos asimismo ¡ACTORES! (*Kitty se ríe.*) Nada es real, por citar esa frase tan cara a su marido. Nada es real, como si dijésemos. Ese parece ser su punto de vista. No. No su punto de vista: su íntima convicción. ¡¡¡O SEA QUE ESTA MALDITA GUERRA NO ES REAL NI TAMPOCO LA BOMBA QUE

CONSTRUIMOS NI LOS DOS MIL MILLONES DE DÓLARES!!! Un punto de vista inaceptable, señora Oppenheimer. Porque...

KITTY. ¿Sí?

GRAVES. Porque hay un compromiso con el pueblo americano, que a fin de cuentas es el que paga, y un compromiso con el mundo libre, que a fin de cuentas también acabará pagando.

KITTY. ¿A qué mundo libre se refiere?

GRAVES. Su marido se está derrumbando, señora Oppenheimer. No lo tome a broma. No es momento para... Su marido se está derrumbando, y usted... Lamento mucho decir que NO LA ENTIENDO.

KITTY. ¿Estamos en un teatro?

GRAVES. ¿Cómo?

KITTY. Me gustaría conocer su opinión respecto a lo que al parecer —son rumores, general, solo rumores— el señor Oppenheimer anda diciendo por ahí: ¿estamos en un teatro? Reflexione, general Graves, reflexione... ¿Somos reales?

GRAVES. Señora Oppenheimer: ningún actor de teatro ha dispuesto jamás de dos mil millones de dólares.

KITTY. Es una buena manera de decirlo. ¿Sabe, general Graves? *(Ríe.)* Me ha convencido. Ahora me siento perfectamente... REAL.

En el momento en que se dice esta última palabra, se advierte un rumor como de tráfico pesado a gran distancia que va aproximándose hasta convertirse en el boooooom del retumbar ensordecedor de un gigantesco y maligno trueno... Algo ominoso, amenazador, y todas las luces, aunque no de un modo brusco, se concentran sobre Kitty Oppenheimer, de manera que —más que salir— debe dar la impresión de que los personajes se diluyen en la oscuridad hasta desaparecer.

Pero el rumor de la explosión atómica queda en el aire como un extraño zumbido hiriente y se dilata durante el siguiente...